

La reestructuración de la teoría social frente a una sociedad de riesgo

Juan Mora Heredia*

*...el tiempo es lo más obvio del mundo,
mientras uno no intente hacerse
consciente de lo que es*
Giacomo Marramao

I

Con el naufragio soviético en 1989, el triunfo del binomio liberalismo-mercado en tanto directriz del orden político y económico parecía concluyente.** Empero este desbordado optimismo sólo duró unos pocos años; la guerra del Pérsico, el conflicto yugoslavo y las crisis financieras internacionales registradas durante el primer tercio de los años noventa evidenció que no hay ni nuevo orden ni fin de la historia. En su lugar asistimos a una compleja e inédita transición con amplias incógnitas temáticas que distan mucho de estar resueltas y que están poniendo a prueba la capacidad de teorización social contemporánea para pensar el mundo hoy día.

En esta perspectiva, acontecimientos como el de Europa del Este a finales de los años ochenta sirven de



* Profesor investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

referente obligado para preguntarnos si los productos obtenidos por los actores en sus respectivas movilizaciones siempre son los deseados ¿Hasta dónde el sentido de la acción social y el producto de la misma se puede concebir como racional? O bien ¿si estamos en presencia de una sociedad dominada por la incertidumbre donde la racionalidad formal está quedando rebasada en sus posibilidades conmensurables?

De ahí entonces, el problema fundamental de este fin de milenio no radica en el significado de su precepto, cruzado por diferentes representaciones que lo han convertido en una locución polisémica copiosamente invocada, pero inconsistente en su estructura como premisa esclarecedora de los desafíos registrados en el presente. Su problemática central gira en torno al cómo se está configurando dicha imagen, ya que conviene mencionar en forma análoga que “el *Big Bang* no representa los límites del mundo, sino los límites de nuestros conocimientos” (Antaki, 1992: 12).

A ese respecto resulta ilustrativa la consideración vertida en 1928 por Schumpeter quien escribía lo siguiente: “El capitalismo está viviendo (...) un proceso de metamorfosis tan visible, que no es posible discordar en la constatación: el desacuerdo puede darse solamente en cuanto al modo de interpretarlo” (cit. en Marramao, 1982: 13). Setenta años después de tal señalamiento, nos descubrimos en una situación similar, donde resulta hasta cierto punto ocioso afirmar que vivimos en una época de

cambio, ya que en los más diversos ámbitos dicha situación es reconocida y aceptada, sin embargo no hay acuerdo en cómo caracterizar eso que percibimos.

Sobre ese particular, categórica resulta la observación de Giovanni Sartori cuando en el año 1979 escribía: “en las ciencias sociales impera una babel de lenguas, al punto de que las entendemos a duras penas” (Sartori, 1984: 9). Esto provoca inacabables disputas oscilantes entre el panfilosofismo y el panideologismo, pero sin prestar atención a un rubro fundamental: los métodos de pensar. Luego que “...ser de izquierda o de derecha no agrega nada al valor de verdad de un conocimiento; y que un conocimiento falso sigue siendo falso aun cuando con oportunismo lo revistamos de negro, rojo o blanco” (Sartori, 1984: 11).

Por otra parte, con diferente posición política y teórica, en 1984 Charles Tilly (Tilly, 1991) recelaba de la originalidad en las concepciones sociales del siglo xx, consecuencia de la incesante y acrítica transferencia de postulados propios de la realidad del siglo xix, pero de dudosa vigencia para la reflexión contemporánea. En ese sentido, Tilly se cuestionaba si el modelo en la relación pensamiento-realidad definitoria para el siglo xix era conveniente y efectivo para el xx. Su respuesta fue negativa, pero en el sentido de *precisar una variación en el nexo pensamiento-realidad, muy distinto de una incapacidad estructural y civilizadora para conocer y comprender.*

Un último ejemplo de esta tribulación es Jeffrey Alexander, quien apela a los clásicos como vértices de articulación y convergencia teórica desde donde las ciencias sociales puedan superar sus precarios arreglos conceptuales y metodológicos. Ello por una simple y sencilla razón; a diferencia de las ciencias naturales que se rigen por modelos ejemplares, la carencia de éstos dentro del pensamiento social es reemplazada con la revisión de los clásicos como referente universal para la discusión y el avance científico.¹ De nueva cuenta, al igual que en los dos enfoques precedentes, la heterogeneidad y agotamiento analítico aparecen reiteradamente en la base del razonamiento social contemporáneo.

¿Pero todo esto hacia dónde nos remite? Charles Tilly nos aproxima a una eventual respuesta al resaltar que las premisas sobre las cuales se fundó la comprensión de lo social durante el siglo XIX trajo consigo su antípoda, pero sin que para su constitución haya mediado una deliberación de fondo, simplemente se concibió como una condición normal y ya. Así las cosas, el programa de investigación social del siglo XIX atendió el asunto del orden, la integración, el progreso, la normalidad, lo legítimo, la satisfacción, la sociedad, y su expresión está ahí con los monumentales trabajos de Marx, Durkheim y Weber, entre otros. Empero a pesar de este logro también es reconocible la ausencia de un amplio examen acerca de lo negativo de la sociedad; esto es, del

desorden, la desintegración, la tensión, la violencia, la decadencia, la anormalidad, quedando reducidos a epifenómenos de lo positivo y así fueron difundidos.²

Se formó así, un cuadro de dicotomías antitéticas que tienen su articulación lógica en función de conexiones binarias, cuya presencia se extiende notablemente hasta el siglo XX. Siendo claro ejemplo de ello las siguientes dualidades: bien-mal, verdad-error, religión-razón, comunismo-capitalismo, estructura-superestructura, ideología-ciencia, reacción-revolución, sujeto-objeto, orden-caos, éxito-derrota, idea-materia, sociedad-naturaleza, eros-tanatos, amo-esclavo, explotados-explotadores, gobernantes-gobernados, centro-periferia, consciente-inconsciente, alter-ego, etcétera. En suma una representación binaria de la realidad que al relacionar expresamente lo objetual con la idea, exhorta la figura de un mundo unilineal compuesto por una sola dimensión en la cual no cabe la presencia de otras representaciones, con otra lógica de movimiento y por ende con diferentes requerimientos conceptuales y de abstracción para su aprehensión.

Orden	Desorden
Sociedad	Hecho mental individual
Integración	Desintegración
Satisfacción	Tensión
Control legítimo	Violencia
Progreso	Decadencia
Normalidad	Anormalidad

Tomado de Charles Tilly, 1991: 28.

II

Establecido lo anterior, ahora entramos a un terreno que puede resultar por demás absurdo en términos de la correlación entre los dos extremos de las dicotomías estipuladas. Ello debido a que dentro de la perspectiva binaria es interpretada la presencia de uno de los extremos como consecuencia causal del otro. Así, al momento de manifestarse como tal, el orden engendraría su contrario —el desorden— en forma natural, lo mismo que pasaría con lo normal, la sociedad, la estructura, la religión, la verdad, etcétera. Pero si bien, el orden procrea el desorden, el control del mismo se convierte en su garantía de sobrevivencia, pero ilógicamente a través del mismo desorden. Efectivamente, constituida como una dualidad entre lo positivo y lo negativo, lo bueno y lo malo, la parte *obscura* está condenada a ser subordinada y marginada. Naturaleza anómala cuyo desarrollo y avance en la maquinaria social, normativa por antonomasia, está destinada a someter.³

En las sociedades del siglo xx, la tendencia en esta relación lineal es su metamorfosis en una paradójica supe-ditación mutua. Es decir, ahora la derrota no es ya el lado oscuro del éxito, la ideología no es ya la imagen falsa de la realidad, la diferencia no es ya lo inaudito de la uniformidad, o la revolución deja de ser el desbordamiento de la estabilidad. Con otras palabras, su realidad estriba en la aplicación de lo que por definición se negaba. Así, el Estado

tiene que usar la violencia y crear desorden para mantener el orden; la explotación tiene que ser cada vez más regulada para garantizar una amplia producción de riqueza social; el tolerante tiene que aplicar la intolerancia con los intolerantes para resguardar la tolerancia; por igual, las fuerzas militares son antidemocráticas en su organización interna, pero en favor de preservar la democracia.

Todo esto quizás resulte más gráfico a través de expresiones como la de Bobbio, quien argumenta que en la fragilidad de la democracia está su fuerza. O de Octavio Paz cuando establece que “la paradoja del instante radica en que es simultáneamente, todos los tiempos y ninguno” (Paz, 1992: 12). Y qué decir de las observaciones hechas por Marshall Berman quien afirma:

Ser modernos es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo, y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que sabemos, lo que somos. Los ambientes y las experiencias *modernas cruzan todas las fronteras de la geografía y la etnicidad, de las clases y la nacionalidad, de la religión y la ideología: en ese sentido, puede decirse que la modernidad une a toda la humanidad. No obstante, esta unión es paradójica, es una unión de la desunión: nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es ser parte de un universo*

en el que, como dijo Marx, *todo lo sólido se evapora en el aire* (Berman, 1989: 67).

Así las cosas, ¿cuál es el problema central aquí? a) Por un lado, indudablemente la inhibición del ejercicio de abstracción para configurar la imagen del mundo más allá del esquema binario, asentada en una lógica lineal que desemboca en una idea de desarrollo progresiva y evolucionista; b) y por otro, la ubicación espacio-temporal del fenómeno a examinar que tradicionalmente dentro del pensamiento social contemporáneo, a pesar de los prefijos “neo” o “post” queda supeditada a procesos ya dados o en vías de conclusión, sin plantearse la posibilidad de aventurar hipótesis prospectivas acerca de “lo que viene”.

Y bueno, todo esto forma parte de una realidad que hoy día afrontamos, que no podemos dejar pasar desapercibida en tanto enhebra no solamente los perímetros de la realidad, sino también diluye las fronteras conceptuales mediante las cuales son apreciados estos contornos. En ese sentido, transitar de un esquema de pensamiento binario a uno complejo, donde la lógica de organización del mundo expresa un caos, no resulta sencillo. Y es en esa concentración donde las vaguedades y confusiones son más ostensibles, evidenciándose su efecto directo en la impresión que tenemos de que algo pasa, pero no hay acuerdo para definirlo.

Para ejemplificar esto podemos citar una aseveración simple que ya se ha aceptado como lugar común: la indisolu-

ble relación entre modernidad-Europa y occidente. Una tricotomía conceptual que aplicable a una línea axiomática en esta combinación geográfica y cultural. De tal forma que occidente es Europa y la modernidad sólo es propia de occidente, con lo cual se concluye: la modernidad es de Europa y solamente aplicable a ella, lo demás es invasión cultural, colonialismo, etcétera. Por un momento, considerémoslo así, pero ello nos llevaría a pensar en una Europa homogénea, ¿esto es así? No lo creo, ya que a simple vista podemos encontrar tres europas distintas: la Europa eslava con su religión cristiana-ortodoxa, la Europa latina de tendencia católica y la Europa nórdica ligada al protestantismo. Así entonces, ¿en cuál de esas europas tuvo su génesis? o ¿en cuál está asentada la modernidad? De principio lo que esta apreciación pone a consideración son los parámetros de medición. Cuando hablamos de Europa, a qué nos referimos, a la porción continental del mundo o a los procesos societales que han dado forma y sentido a instituciones y conglomerados; en el ámbito de criterios de demarcación conceptual ¿es igual referirse al espacio geográfico que al espacio cultural?

En esa misma tesitura, es común encontrar la conexión implícita entre occidente y elevados márgenes de vida y desarrollo económico, cuya máxima expresión son los países del primer mundo. La pregunta obligada que surge es, dónde ubicar a Japón que en la actualidad y según la tendencia para

el próximo milenio, será la potencia económica por excelencia, con una insospechada infraestructura tecnológica cuyos efectos directos se dejarán sentir en sus condiciones de productividad y beneficios sociales para su población (Kennedy, 1995). Pero Japón ¿dónde está de acuerdo a las coordenadas geográficas occidente-oriente?... para nuestra sorpresa está en ¡oriente! ¡cómo es posible! La modernidad en oriente. Ante tan desconcertante realidad ¿sigue siendo válido esquematizar la peculiaridad contemporánea en la dicotomía Europa-occidente o Europa-modernidad? O estamos frente a una realidad multipolar con diversas entradas y salidas, conexiones y escapes que ya no pueden estar sometidos a una dualidad explicativa.

III

Llegamos con esto al problema de las fronteras y los espacios ¿Los espacios de arraigo y manifestación son estables concretos? Sin lugar a dudas que la respuesta es negativa, hoy día las dimensiones directrices de la vida son la cultura, la religión, las finanzas, el saber, que no tienen un lugar de vivencia perfectamente delimitado y que a su vez pueden ser contemplados a primera vista. Las fronteras de los estados-nación ya no son capaces de contener los flujos de capitales que transitan libremente de un lado del mundo a otro, lo mismo que sucede con la información

a través de internet, o de los acontecimientos manifestados en cualquier latitud a través de los medios de comunicación ¿Cuáles son las fronteras o la frontera existente en la actualidad? La frontera de la nación ha dejado de ser la frontera con mayúsculas, pasando a ser una de tantas compartiendo créditos con la frontera religiosa, étnica, cultural, política, etcétera (Argullol y Trías, 1992). Y cuando me refiero a frontera estoy pensando en dimensiones con su propia lógica espacio-temporal que genera sus límites y procesos de integración e intercambio con otras dimensiones.

Paradójicamente, con la conclusión de la guerra fría el megacontrol eficaz sobre las diversidades latentes se derrumbó, el poder hegemónico indivisible claudicó y hoy encaramos varios poderes con sus mutuas fronteras que se dilatan y modifican pródigamente. El escenario abierto desde los años sesenta, pero cristalizado en los ochenta, presenta como atributo su fragmentación, con una vasta propagación de energías centrífugas convertidas en chispas peligrosas que en cualquier momento pueden encender la pradera; recapacitemos en Bosnia, Afganistán, Irak, Israel y ahora Kosovo, que nos dan fe de esa consternación.

Ahora bien, esta incertidumbre marcada en lo global también se puede encontrar en la esfera ordinaria, con los individuos desafortunados que requieren de una *restitución social e institucional* que los coloque en igualdad de

circunstancias ante el resto de la colectividad.⁴ Pero para lograr esto se hace necesaria la existencia de un código ético-valorativo que rijan la orientación y actividad tanto de las conductas individuales como colectivas, que en otros términos representa construir instituciones rectoras de *sociedades justas*. Sólo de esa manera podrá disminuir el riesgo de la mala fortuna, y por ende de la desemejanza en el alcance de los recursos sociales, si lo que ocurre es el caso contrario, el futuro inmediato estará plagado de mayores niveles de pobreza y marginación tanto en el norte como en el sur. Un planeta que ahora “sobre la base de 5,000 millones de habitantes, apenas 500 millones vivan confortablemente, mientras que 4,500 millones permanecen en la necesidad. Un planeta en el que las fortunas de las 358 personas más ricas (milmillonarias en dólares) son superiores al ingreso anual del 45 por ciento de los habitantes más pobres, es decir 2,600 millones de personas” (Ramonet, 1997).

En esta perspectiva, acontecimientos como el crimen organizado, la especulación financiera, la gran corrupción, el avance de pandemias como el SIDA, la hambruna africana, las crisis ecológicas planetarias (con el empobrecimiento de la capa de ozono; el denominado efecto invernadero y los cambios climáticos), sirven de referente obligado para preguntarnos si los productos obtenidos por los actores en sus respectivas actuaciones siempre son los deseados; hasta dónde el sentido de la acción so-

cial y el producto de la misma se puede concebir como racional; o bien, si estamos en presencia de una sociedad donde la racionalidad perfecta quedó rebasada en sus posibilidades. Asimismo, en este momento ¿son todavía realizables los postulados clásicos de convivencia política en un contexto donde la robótica, la cibernética, la informática, la computación, la telemática y la inteligencia artificial son cada vez más predominantes?

Establecido lo anterior, la existencia de una racionalidad imperfecta y el ingrediente normativo en el proceso de organización social, son argumentos cardinales que debilitan la idea de una certidumbre racional en todas las acciones y objetivos propuestos por los individuos. Ellos no son responsables de su situación, toda vez que el mundo está dominado por incertidumbre, misma que se traduce en contextos de duda y perplejidad. Así, la noción de una sociedad inscrita en ámbitos de infalibilidad y certeza, empieza a ser sustituida por un conglomerado humano aprisionado entre parámetros aleatorios e inciertos, que tendría en la suerte y el azar sus posibles mecanismos para tomar decisiones individuales y colectivas, mientras que para la perspectiva de largo aliento la entronización de la racionalidad sustantiva⁵ ocuparía un lugar determinante.

De aquí surge un tema de gran actualidad para las futuras reflexiones de la teoría social: el análisis de la mecánica del acceso a los recursos que ha

hecho que unos individuos tengan mayores posibilidades de desarrollo que otros, lo que da forma a una sociedad desigual e injusta. Todo ello transitando entre las coordenadas del riesgo y la incertidumbre como elementos determinantes de las sociedades contemporáneas que definen “un estadio de desarrollo en el que los pilares de la organización social no descansan ya sólo, como había venido aconteciendo hasta ahora, sobre la administración y distribución desigual de los recursos, sino, fundamentalmente, sobre la distribución, más o menos consensuada, de aquellas consecuencias, poco o nada anticipables, que se derivan de la toma de decisiones de relevancia pública” (Rodríguez-Ibáñez, 1993: 8).

Y ejemplos claros de lo anterior son los desastres de la Union Carbide en la India, de Tres Millas en Estados Unidos, o de Chernobil en la ex Unión Soviética, por citar a los más difundidos. Aquí hemos sido testigos del uso arbitrario e indiscriminado de productos y tecnologías a gran escala, no obstante todavía ser desconocidos sus efectos tanto para los humanos como para el entorno ecológico. Donde esto último se enlaza con una problemática que a fin de siglo se agranda de manera insospechada, ¿qué hacer con las tecnologías obsoletas y sus desechos? El resultado ha sido encontrar en las regiones atrasadas del mundo los espacios para la transferencia de tecnologías peligrosas, así como de los residuos no deseados en las sociedades productoras de éstos, aprove-

chándose para ello de la precariedad institucional y legal presente en tales países. Con esta relación perniciosa el riesgo planetario de una crisis ecológica aumenta considerablemente.

Otro tema de controversia progresiva es el de quienes trabajan en la industria cibernética, aeroespacial o nuclear, que ciertamente colaboran al avance de estas áreas, pero que no conocen qué impactos tendrá esta participación en su salud. Asimismo, sin tener un control pleno de las nuevas tecnologías, cómo garantizar seguridad a los habitantes o a las regiones cercanas donde se asientan tales industrias. El carácter incierto en los efectos de una decisión política (no del desarrollo tecnológico en sí), empieza a ordenar la sociedad en función de quienes corren mayores o menores riesgos, y de cómo se les ha de compensar esa carga de costos a su condición vital.

Si el mercado en su momento volvía incierto el acceso a los bienes de consumo para la población, obligando al Estado a impulsar políticas de compensación económica y social, hoy día, esta circunstancia de “riesgo” demanda por igual pensar novedosos mecanismos de indemnización social. Sin alargarnos demasiado en el tema, la llamada sociedad del riesgo no solamente provoca ajustes en su composición estructural, también tiene sus repercusiones en la formación de identidades base de la acción colectiva. De ahí entonces, la época por venir apunta redefiniciones sustantivas en el carácter de las movilizacio-

nes sociales; ya sea en el tipo de sus demandas o en la forma de su organización y solidaridad.

Para finalizar cabe preguntarse si ¿la perplejidad ante los acontecimientos del presente radica en la cancelación para conocerlo o en el déficit de los instrumentos teóricos existentes para afrontarlo? De acuerdo a lo implícito en los autores referidos (Sartori, Alexander y Tilly), la coincidencia estriba en reconocer la parálisis del pensamiento contemporáneo del siglo xx, cuya secuela es una conmoción en la relación pensamiento-realidad. A ese particular, conviene mencionar que se ha escrito bastante acerca de las coherencias internas de las teorías, pero poco de los impactos que las alteraciones en la formación histórica tuvieron en la producción de conocimientos, quedando latentes así las incógnitas acerca de cómo se han perturbado las categorías de tiempo-espacio y con ello de los mecanismos de percepción y medición; así como las variaciones en los esquemas de historicidad y su correspondiente derivación en la constitución de la subjetividad social. En este contexto, cuando se habla de la incompatibilidad de la sociología y por ende de su *corpus* teórico con la realidad, ¿a qué hay que referirnos? A las *no-teorizaciones* en los discursos ideológicos de posguerra, o a la crisis de los sistemas conceptuales en sí mismos, o de todo el paradigma de lo social. Sin una respuesta totalmente precisa, éste viene a ser uno de los grandes déficits del siglo xx, quedando aún pendiente

en la teoría sociológica la construcción de una tipología de la “crisis” que delimite la naturaleza de la misma en términos de sus ritmos y temporalidades de constitución social.

NOTAS

** Texto presentado en las III Jornadas de Sociología: *Siglo XXI. Los nuevos retos de la sociología*, UAM-I, octubre, 1998.

1 “El desacuerdo generalizado dentro de la teoría social provoca serios problemas de comprensión mutua. Sin embargo, la comunicación es imposible sin una base de entendimiento mínima. Para que sea posible un desacuerdo coherente y consistente, y para que este desacuerdo no interrumpa la marcha de la ciencia, es necesario que exista cierta base para una relación cultural, que sólo se da si los que participan en un debate tienen una idea aproximada de *qué es aquello de lo que habla el otro. Es aquí donde intervienen en el debate los clásicos. La necesidad funcional de los clásicos se origina en la necesidad de integrar el campo del discurso teórico.*” (Alexander, 1990: 42; cursivas nuestras).

2 Irónicamente, a ese respecto Tilly dice: “mientras continúen promulgando estas ideas, las ciencias sociales del siglo xx seguirán siendo transmisoras de la sabiduría popular del siglo xix” (Tilly, 1991: 28).

3 Circunstancia histórica en la cual se halló inserta la institucionalidad de los siglos xviii y xix, cuando el principal enemigo a vencer era la antítesis no deseada. He aquí porqué para este arquetipo social hablar de la tolerancia es enfadoso, ya que ¿cómo tolerar lo indeseable?

4 Para este asunto son importantes las recientes aportaciones de pensadores como John Rawls, Amartya Sen, Jürgen Habermas y Ronald Dworkin.

- ⁵ Para identificar los diferentes significados del concepto de racionalidad (Gil Villegas, 1984).

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Jeffrey
1990 "La centralidad de los clásicos", en Anthony Giddens *et al.*, *La teoría social hoy*, Alianza/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Álvarez, J. Francisco
1991 "Individuos e información: sobre el marxismo analítico", en *Isegoría*, Instituto de Filosofía (CSIC), núm. 3, abril, Madrid.
1992 "¿Es inteligente ser racional?", en *Sistema*, núm. 109, julio, Madrid.
- Antaki, Ikram
1992 *El segundo renacimiento*, Joaquín Mortiz, México.
- Argullol, Rafael y Eugenio Trias
1992 *El cansancio de Occidente*, Destino, México.
- Beck, Ulrich
1993 "De la sociedad industrial a la sociedad del riesgo", en *Revista de Occidente*, núm. 150, noviembre.
1998 *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona.
- Berman, Marshall
1989 "Brindis por la modernidad", en Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad, posmodernidad*, Punto Sur, Buenos Aires.
- Elster, Jon
1991a "¿Relaciones conflictivas?", en *Perfil de la Jornada*, La Jornada 5 de junio, p. xi.
1991b *Domar la suerte*, Paidós, Barcelona.
- Giddens, Anthony
1993 "La vida en una sociedad pos-tradicional", en *Revista de Occidente*, núm. 150, noviembre.
- Gil Villegas, Francisco
1984 "El concepto de racionalidad en la obra de Max Weber", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas*, año xxx, nueva época, núms. 117-118, julio-diciembre.
- Habermas, Jürgen
1991 "Revolución recuperadora y necesidad de revisión de la izquierda: ¿Qué significa hoy socialismo?", en Jürgen Habermas, *La necesidad de revisión de la izquierda*, Tecnos, Madrid.
- Kennedy, Paul
1995 *Hacia el siglo XXI*, Plaza & Janes, Barcelona.
- Marramao, Giacomo
1982 *Lo político y las transformaciones*, Siglo XXI (Colección P y P, núm. 95), México.
- Paz, Octavio
1992 "Tiempos cruzados" (entrevista), en *Vuelta*, núm. 190, septiembre.
- Ramonet, Ignacio
1997 "¿Hacia una geopolítica del caos?", en *Capítulos*, núm. 51, julio-septiembre, SELA.
- Rodríguez-Ibáñez, José
1993 "Hacia un nuevo marco teórico", en *Revista de Occidente*, núm. 150, noviembre.
- Sartori, Giovanni
1984 *La política. Lógica y método de las ciencias sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Tilly, Charles
1991 *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza, Madrid (primera edición en inglés, 1984).